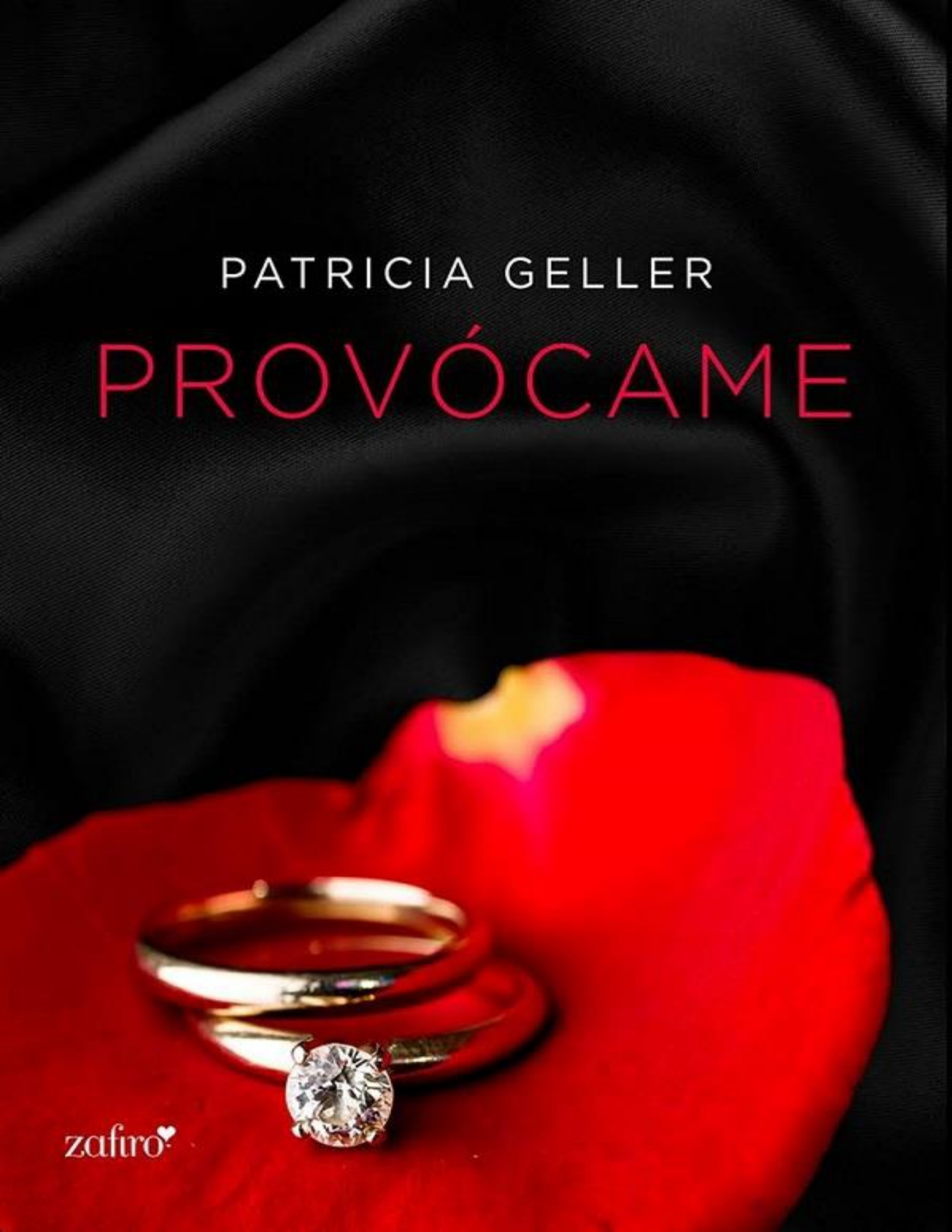

PATRICIA GELLER
PROVÓCAME
zafiro

1.

Decepciones, dolor y abandonos… Cada fracaso de Matt Campbell era un duro golpe para él. Sus vivencias lo marcaron de por vida y por ese motivo hoy era el hombre en el que, con cada desengaño y fracaso, se había convertido.

Diecisiete años atrás…

Como cada día, Matt se levantó, responsable, para arreglarse e ir al colegio. Le extrañó no ver a su mamá preparándole el desayuno. «Da igual que no me hable y me ignore, la siento conmigo y con eso me ha bastado siempre.» No le faltaba de nada… En realidad sí, lo más importante: el cariño y el afecto de aquella mujer.

No tenía padre, Antonio Salgado los había abandonado sin llegar a conocer al pequeño. Algo que había hecho mucho daño a Elisabeth, la madre de Matt, y que, sin tener culpa alguna, él había pagado por ser un hijo no deseado… un bastardo.

Al entrar en la pequeña cocina todo estaba desierto. Un escalofrío le recorrió la espalda, pero quiso convencerse de que no sucedía nada malo... No iría al colegio, no, la esperaría, aunque aquello nunca antes hubiese ocurrido.

Él se creía mayor, con doce años decía que era el hombre de la casa, y se valía por sí mismo, al no tener en quién apoyarse. Por obligación, maduró antes de lo que le correspondía.

Tras horas esperándola, acurrucado en el sofá, Matt entendió que su madre se había marchado, que lo había abandonado. Al ser consciente de la soledad que lo acechaba y lleno de una rabia que nunca antes había sentido, tiró y golpeó todo lo que tenía a su alrededor.

—¡Vuelve! —gritó, partiendo una silla en dos—. ¡No me dejes!

Pero dejó de luchar cuando unos brazos lo rodearon desde atrás.

—Tranquilo, chico.

Eran los de servicios sociales, que se lo llevaban con ellos al no tener Matt a nadie que se hiciera cargo de él. Con la mente nublada por la impotencia, se soltó y se defendió como pudo, buscando el modo de no ser arrastrado a un lugar desconocido para él.

Ahí empezó a ser agresivo y nunca más lo supo cambiar. Fue su forma de dar salida a su rabia, su dolor.

Los segundos…

… minutos…

… horas…

… y días en el centro de acogida fueron horribles, allí experimentaba unos cambios de humor que sólo conseguían trastornarlo cada vez más. Pero los vivía en silencio, por temor a que pensaran que algo no iba bien en su cabeza.

—Matt —lo llamó una de las trabajadoras, a la que él no miró. Seguía desolado—. Pronto tendremos noticias para ti, tranquilo.

No dijo nada, encerrado en la habitación, con su compañero Denis.

Poco tiempo después, volvió a pertenecer a una familia: los Campbell, un grupo sólido y unido. William y Karen, sus padres adoptivos, y Roxanne y Eric, sus hermanos, lo miraban con ternura, ilusionados con la llegada del nuevo miembro.

—Ya estás a salvo —le susurró su hermana Roxanne, la pequeña, acercándose a él—. Y ya te queremos, ¿verdad, mamá?

—Claro que sí, cielo.

Eric, el mayor de los tres, le enseñó un coche de juguete.

—¿Vienes?

—No —contestó Matt—. Déjame.

—Venga, chicos —intervino William, el padre, acariciando el cabello oscuro del recién llegado—. No lo agobiéis. Más tarde jugará con nosotros.

Pero Matt estaba roto y sabía lo difícil que sería para él volver a querer a una persona como había venerado a su madre biológica. El temor de que lo abandonaran lo acompañaba siempre.

Se volvió inseguro, lleno de miedos, herido, incluso acabó siendo otra persona. Le dio igual la familia Campbell, hasta que empezó a quererlos. No soportaba no sentirse amado, se sentía frustrado cada vez que veía que Karen y William salían sin él. Necesitaba ser una sombra pegada a ellos.

—Cariño, volveré dentro de unas horas —le dijo Karen, cariñosa, destapando un yogur de fresa para él—. He de ir a una comida, pero te prometo que volveré pronto.

—¿Y si no vuelves? —exclamó Matt. William miró a su mujer preocupado—. ¡No me abandonéis!

Karen se lamentó en silencio.

—Chis —lo consoló William, abrazándolo contra su pecho—. Tranquilo, yo me quedaré en casa. Vamos a jugar con tus hermanos.

Cinco años después…

Matt Campbell acababa de cortar definitivamente con su primera y única relación amorosa. Desgraciadamente para él, ella no significaba nada. Se habían conocido el año anterior, durante sus vacaciones en España, pero Amanda quería más de lo que Matt podía darle.

Sin embargo, tras recibir un mensaje alarmante de ella, acudió una vez más a la playa donde quedaban muy a menudo… y se le cayó el mundo encima al ver lo que vio.

—¿¡Qué haces!? —chilló descompuesto, corriendo por la arena.

—Matt…

La voz de Amanda sonó amarga, acompañada de lágrimas desesperadas. Estaba de rodillas, tenía cortes en las muñecas y le suplicaba con la mirada que la ayudara. También se sentía sola…

y había intentado suicidarse.

—No me dejes, Matt —sollozó.

—¡Basta, Amanda! —Se arrodilló a su lado y se desgarró la camisa para vendarle las heridas y llevarla al hospital—. Por favor, ¡basta…! No me atormentes así.

—Es por ti… —Él apartó la cuchilla—. Te quiero, Matt... por favor.

Esa chica le recordaba lo duro que era amar a alguien, lo destructivo que era el amor. Él la apoyaría y cuidaría, pero no podría soportar estar siempre pendiente de ella, como Amanda necesitaba.

Matt Campbell era consciente de cómo empeoraba su situación. Con los años, se había habituado a su nueva familia, pero en su interior sufría cambios espantosos. En menos de cinco minutos, tan pronto reía como lloraba o gritaba. De la euforia pasaba a la tristeza más absoluta…

No sabía por qué se comportaba así, pero desde la adolescencia, esas reacciones se estaban volviendo habituales en él.

«¿Qué me pasa?»

Tiempo después, y tras buscar desesperadamente una salida, decidió acudir a profesionales. Y ahí tuvo la primera y dolorosa confirmación.

—Lo siento —le dijo el especialista—. Le aconsejo que su familia lo sepa, sobre todo su pareja. Para que lo entiendan y ayuden en esta difícil enfermedad.

Pero él se negó a hacerlo. Tras salir de la consulta, se encerró aún más en sí mismo. Mantuvo el diagnóstico en secreto y ni siquiera a su familia le habló de su tormento; un serio problema que cargaba él solo.

Por otra parte, no lo aceptó. No se puso en tratamiento.

Doce años más tarde…

Matt era ya una persona adulta, cerca de cumplir veintinueve años, y una vez más la vida le daba un duro golpe.

Miró a su novia, o a la que lo había sido hasta ese momento, y contempló a su mejor amigo, Sam…

Juntos…

La repulsión dio paso a la ira. Desesperado, estrelló el puño contra la pared como había hecho tantas otras veces, destrozándoselo.

—¡Cerdos! —Los traidores se habían quedado mudos—. ¡Confiaba en vosotros!

Un golpe y otro. Su mano sangraba una vez más, ¿cuántas magulladuras llevaba ya…? El dinero que había conseguido con esfuerzo, al montar su propia empresa, lo movía todo a su alrededor. Nadie lo quería por él, tristemente, sí por su riqueza.

—Matt —susurró Alicia—, puedo expli…

—¡Cállate!

Sam la silenció tirándole del brazo. Conocía a Matt y sabía que no se calmaría hasta desahogar su agresividad contra cualquier objeto o consigo mismo.

—¡No quiero volver a veros! —escupió, yéndose defraudado.

No le dolía por Alicia, porque nunca la había amado. Pero había sido una buena compañera

que lo aceptaba con sus múltiples cambios de personalidad, sin saber qué se escondía tras ellos… Tampoco lo preguntaba.

¡Maldito dinero!

«¿Encontraré alguna vez a la persona que me acepte más allá de mi riqueza y poder? ¿Que soporte a un hombre con el que quizá nunca encuentre la estabilidad?»

Sin embargo, se juró no volver a confiar en nadie y mucho menos en una mujer. Lo había hecho con su madre biológica y ésta lo abandonó. Más tarde, la llegada de Amanda a su vida le recordó lo malo que era el amor al ver cómo la chica se destruía por tenerlo. Y ahora Alicia y Sam. ¿Cuántos más lo defraudarían?

Endureció su corazón y se juró aborrecer a las mujeres y utilizarlas como hacían ellas con él.

Pero el destino a veces es muy traidor…

Al llegar a su casa y encerrarse en su despacho, una chica de cabello castaño con reflejos rubios y unos ojos grises transparentes y osados cruzó la puerta con desvergüenza.

Sin pedir permiso y mirándolo sin pudor alguno de pies a cabeza, se plantó dentro con una bandeja en la mano.

«¿¡Qué demonios!?»

Matt Campbell se agitó en la silla, trastornado. ¿Quién era aquella descarada que lo había alterado nada más verla?

—Stone, Gisele Stone —se presentó orgullosa—. La nueva chica de servicio.

«No —se dijo—. Jamás caería en las garras de aquel cuerpo sensual, de actitud atrevida.»

Antes muerto. Aunque aquella faldita lo estuviera tentando y su cabeza le gritara la palabra «mía», jamás querría a Gisele Stone para otra cosa que no fuera sexo, y así se lo haría saber.

2.

En la actualidad…

Me quedo mirando el escaparate de la joyería y pienso de nuevo si es lo mejor, dado el momento en que nos encontramos. Rememoro palabras, reproches de gente ajena a mi relación con la mujer que me ha cambiado la vida y, casi sin ser consciente de ello, entro en la tienda.

Camino de un lado a otro, pensativo y agobiado. La quiero en mí día a día, cada segundo, y si para ello tengo que atarla a mí, lo haré.

¿Qué diría Gisele? Que tengo que intentarlo.

—Hola —me saluda la dependienta—, ¿puedo ayudarlo en algo?

—Busco un anillo de compromiso, por favor.

Son las dos de la tarde y es un día complicado, después de lo que sucedió anoche. Gisele me espera en el hotel, donde, por culpa de su padre, hemos tenido que pasar la noche. Cree que estoy en el trabajo, pero soy incapaz de concentrarme, con toda la mierda que inunda mi cabeza.

—Venga por aquí —me dice la mujer—. ¿Tiene una idea de lo que busca?

La tengo.

—El más caro, hermoso y elegante que tengan.

Media hora más tarde, salgo y, nervioso, llego al hotel. Después del enfrentamiento de anoche con el padre de Gisele y de tantos altibajos, me siento irascible e inestable.

Se ha quedado dormida en la cama, vuelta hacia el lado opuesto a mí. Me acerco a ella y la miro. Veo el rasguño en su mejilla y su expresión descarada, que no la abandona ni siquiera cuando duerme. Así acurrucada está tan bonita que duele mirarla.

—Cerdo y cerdo —maldigo de nuevo a su padre por haberla encerrado en su habitación. Al escaparse con su hermano Scott por la ventana, Gisele se hirió en la mejilla con los cristales—. Me las vas a pagar, Michael, juro que lo harás.

No controlo mi rabia, la impotencia que siento por que le hayan hecho daño. Y el nombre de Álvaro, su ex novio, regresa para tensarme y alterarme.

Me acuesto en la cama detrás de ella, aunque sé que no podré dormir, pese a lo mucho que lo necesito. Le rodeo la cintura con un brazo, sintiendo el afán de posesión que siempre despierta en mí… y que tantos problemas nos trae.

Huelo su cabello.

Me muero por tocarla, por hacerle el amor, pero estoy tan furioso que temo no saber controlarme. Y, desde luego, no seré yo quien le cause más dolor.

Pienso en algo que me calme, que me ayude a dominar las ganas que tengo de salir corriendo y golpear a Michael Stone… Muchos recuerdos se agolpan en mi cabeza mientras cierro los ojos.

El día que nos conocimos, siendo ella la chica de servicio.

Cuando momentos después la aceché y, con insolencia, le ordené que se tumbara.

Esa noche en que me dio más de lo que yo esperaba… Cuando creí haberla comprado.

Su desvergonzado regalo de cumpleaños.

Su carácter fuerte, desafiándome a diario.

La primera vez que la besé haciendo el amor… pues me negaba a ello.

La sorpresa cuando Gisele rompió nuestro pacto y me devolvió el dinero.

Mis viajes poniendo tierra de por medio, echándola de menos.

Su intensa confesión.

«No todo ha sido bueno.»

El ataque que sufrió por parte de Dylan en la fiesta.

Su huida en medio de la noche, abandonándome, tras emborracharme al haber roto el trato… Y creer que la perdía.

Sus preguntas, mis falsas respuestas.

Mi secreto, su transparencia.

Su ex, mi hermana, su hermano… su padre. El embarazo de Alicia. Todos intentando separarnos.

¡No!

Me agito en la cama. ¡Cuánto hemos pasado en tan poco tiempo! ¿Cuántas veces ha tenido que ver cómo la apartaba de mi lado y la buscaba después? Y ahora sólo dependo de ella. Es algo que me he negado a reconocer hasta que fue inevitable… pues la iba a perder.

—Matt, chis… Te quiero.

Me finjo dormido mientras Gisele me acaricia. Se ha despertado y recorre con los dedos las facciones cansadas de mi rostro, desprendiendo ternura.

—Sé que estás despierto, Campbell —susurra con un ronroneo—. Conozco a la perfección tu cuerpo para adivinar cada una de tus alteraciones. ¿Me oyes? Mírame.

Me resisto y ella continúa.

—Anoche, con todo el lío de mi padre, no te vi bien, y hoy quisiera que me dieses un poco de amor, ¿puede ser?

La miro y en cuanto veo el corte que se hizo con el cristal en la mejilla, me enfurezco.

—¿Te duele?

Niega con la cabeza y pregunta:

—¿A qué hora has vuelto?

—Pronto y esta tarde no iré a trabajar.

—Lo comprendo, son las nueve de la noche —me dice sonriendo.

¿¡Qué!? Me he dormido… Qué raro, pero supongo que no se ha debido tanto a mi cansancio como a que lo he hecho al lado de Gisele.

—¿Me das un beso? —me pide ella.

Me muero de ganas, pero estoy tan furioso pensando en su padre, que temo perder la cabeza y hacerle daño.

—¿Tienes hambre? —pregunto, cambiando de tema.

—¿No me vas a besar? —se queja, poniendo los ojos en blanco—. Entiendo… Mucho menos tocar.

—No, no lo haré. No quiero hacerte daño y, créeme, estoy haciendo grandes esfuerzos para no ir a casa de tu hermano y…

—No lo harás —me corta. Se levanta y, riendo, empieza a desnudarse con sensualidad—. Tú me quieres y sabes que con eso me harías daño y que yo no te lo perdonaría nunca. ¿Vienes a la ducha? —me pregunta provocativa, excitándome de inmediato.

—No.

—¡Como quieras!

Se mete en el cuarto de baño y yo rebusco en mi bolsillo y saco la caja con el anillo. ¿Cuándo será el momento indicado para dárselo?

Me levanto y lo guardo entre las pocas prendas que tengo aquí, en el bolsillo de una chaqueta, y voy a ver a Gisele… Está tumbada en la bañera llena de espuma, con ésta bordeando sus pechos.

—Hola —me saluda coqueta—. ¿Te has arrepentido?

—No, voy a pedir la cena.

Después de que nos la traigan, ella sale del cuarto de baño sin albornoz, desnuda y moviendo las caderas.

Sonríe.

—¿Qué miras?

—Deja de jugar, Gisele, es una advertencia.

Se chupa el dedo índice, encogiéndose de hombros.

—¿Qué me puede pasar si te desobedezco? —Mi respiración se acelera cuando la veo bajar el dedo hasta su sexo. Gime. ¡Maldita sea!—. ¿Mereceré un castigo?

Corro hacia ella, la cojo y caemos juntos en el sofá. La coloco a horcajadas sobre mí y clavo los dedos en sus muslos sin miramientos, arrastrándola hacia delante y moviéndola luego arriba y abajo sobre mi erección.

—Oh, Campbell…, qué duro. —Se muerde el labio y, ansioso, me incorporo y la beso, metiéndole la lengua con deseo, con desesperación. Toco sus pechos, su vientre—. Ay…

Me alejo de inmediato y veo que sin darme cuenta le he rozado la herida y que le cae un hilillo de sangre.

—¡Joder! —La aparto y le examino la mejilla—. ¡Te lo he dicho que esto podía pasar!

Ella aparta la cabeza, tapándose el corte.

—Nena —susurro, arrodillándome a sus pies, más calmado—, ¿no entiendes que me preocupo por ti y que todo esto me duele?

—Estás exagerando.

—¡No si se trata de ti!

Aprieto los puños, rabioso por haberle hecho daño. ¿Por qué no me sé controlar?

—Sonríeme —le pido, arrepentido de haber sido tan brusco—. Eres preciosa, me muero por tocarte y hacerte enloquecer. Lo estoy deseando. Te deseo tanto que mis manos no saben estar lejos de ti. Pero dame unos días, Gisele, ¡porque no puedo más!

Pensativa y preocupada, pregunta:

—¿Estás bien…?

—Sí. —Rehúyo su mirada—. Sabes que siempre necesito más de ti.

—Toda una vida, Campbell —promete, sabiendo qué es lo que necesito. Sin ser consciente, le aprieto las manos. ¡Mierda! Me abraza, me besa el cuello. Gimo—. Hmm. ¿Cenamos?

Me alejo para curarla.

—Sí, anda, ponte algo de ropa —le ordeno, tras limpiarle la herida con una gasa—. Maldita sea, odio este corte.

—¿Estoy fea? —se burla.

Aprieto los puños y luego le pongo el albornoz y la siento frente a mí. Los nervios y el rencor me están destrozando por dentro.

—Eres la mujer más perfecta que hay sobre la faz de la tierra —digo finalmente, con voz seca—. Perdóname por no saber controlarme, por lo mucho a lo que te he sometido en tan poco tiempo. Prométeme que no harás caso a ninguna llamada de Álvaro, que no me dejarás.

Suspira.

—Soy tuya. ¿No lo he sido desde aquel día en que nos conocimos en tu despacho?

Le sonrío tirante, he de calmarme. Lo fue, lo es… y lo será. El anillo que le voy a dar es buena prueba de ello: será mi mujer.

—Matt, tienes una mirada sospechosa —me acusa, con una ceja alzada—. ¿Qué me escondes?

—Nada malo. —«No en este caso, quiero decir»—. Que te amo, nena.

—También yo.

No sé si lo hace aposta, pero al comer saborea con paciencia cada bocado. No puedo dejar de mirarla, de imaginar que es de mí de quien está gozando con tanto entusiasmo. Se relame los labios… Cierro los ojos, atormentado.

—¡Campbell! ¿¡Qué haces!? —Abro los ojos y veo sorprendido que está delante de mí y que yo estoy tocando la punta de mi miembro, mojada, apretada entre mis dedos—. ¡Estoy aquí para ti!

—¡Mierda! —grito—. Eres tú quien me incita, tienes que dejar de ser tan perversa.

—¡Pues hazme lo que quieras! —Niego, tapándome de muy mal humor. Es increíble—. Entonces, llévame a la cama y si no quieres hacerme el amor, abrázame y hazme sentir que estás aquí. ¡O me va a dar algo!

Con un nuevo intento la arrastro hasta allí y me lanzo sobre ella, que jadea con asombro. Le abro las piernas, me cuelo en ella y deslizo las manos por su cuerpo. Estoy febril. Gisele es ardiente y arremete contra mi erección… Pero no puedo seguir cuando veo en su cara que le he hecho daño.

—¡Matt!

—¡A dormir! —Destapo la cama.

—¡Buf!

Furiosa, enciende la televisión y no… no puede ser. En la pantalla hay una chica en el centro de una cama, mientras dos chicos disfrutan de ella. La están poseyendo por delante y por detrás.

—¡Apaga eso! —le gruño, cuando enfocan los genitales de esos cerdos—. Gisele, tu maldito juego me tiene al límite.

—Buenas noches, Campbell —dice ofuscada, dándome la espalda—. Sé soñar y fantasear.

—No te atrevas y no me impidas abrazarte.

—¡Lo haré hasta que decidas tocarme!

Con paciencia, espero que se duerma para soportar otra noche de insomnio. Más aún con la perspectiva de tener que ir mañana a ver a Alicia, que está ingresada por una amenaza de aborto, de un hijo que aún no sé si es mío…

¿Qué dirá Gisele cuando sepa que tendré que dejarla sola para visitar a mi ex novia?

Y sigo sin darle el anillo.

«De puta madre.»

3.

—Sabes que lo entiendo todo, Matt, pero si se trata de Álvaro, tú te…

Con la mirada que le echo, la dejo callada. Ofuscada, asiente y se encierra en la ducha. No ha probado bocado de la enorme bandeja que nos han servido, yo mucho menos.

—Gisele —la llamo, abotonándome la camisa—. Abre la puerta.

—¡Me quieres callada, pues silencio! —Oigo ruidos—. Vete a verla, hablaremos más tarde.

—No voy a verla, lo sabes. —Oigo el sonido del agua, lo que quiere decir que me ignora—. ¡Gisele, abre!

—¡No me da la gana!

—Gisele… —murmuro, abrochándome el cinturón—. Te quiero, nena.

—¡Perfecto y hasta luego!

Sé que en el fondo la culpa es mía, pero estoy entre dos aguas. Y termino cogiendo mis cosas y marchándome del hotel. Le mando un mensaje a mis padres diciéndoles que todo va bien, pero no es así.

Alicia me espera con la mayor de las sonrisas, satisfecha al saberme preocupado por la situación. Estoy deseando que nazca ese niño y confirmar que no es mío, pero tampoco puedo darlo por hecho y negarle lo que me negaron a mí.

—Hola, Matt —susurra, estirando la mano.

Niego con la cabeza. No pienso tocarla.

—¿Cómo estás?

—¿Encima ese tono? —me recrimina de mal humor—. Estoy aquí tras el encuentro con tu… Ella me llamó zorra delante de todas y yo…

—Basta, Alicia.

Me cruzo de brazos, sin mirarla.

—Te tiene ciego, Matt. ¿Quién dice que no quiere tu dinero? —Cierro y abro los puños—. En apenas un mes y algo no puede vivir sin ti, ¿quién se lo cree?

—Yo, Alicia, yo —replico, señalándome—. Porque ella me hace sentir lo mismo y, te lo advierto, contrólate si se trata de Gisele.

—Pero ¡es que…!

No lo tolero, salgo de la habitación y cierro de un portazo. Estoy cansado de que se pongan en duda los sentimientos de Gisele. Un error que yo mismo cometí al conocerla y ofrecerle dinero como si fuera una fulana… Creyendo que era igual que todas.

No me apetece ir al trabajo, mi socio Denis me cubrirá. ¿Y si intento hablar con Michael Stone? Quiero lo mejor para su hija, que él sepa que mi única preocupación es cuidarla.

Finalmente me decido y me dirijo hacia la casa de su hijo Scott, donde los padres de Gisele están pasando unos días, tras viajar desde Lugo para saber qué estaba sucediendo con nuestra precipitada relación; una alarma creada por Scott Stone.

Hasta hace poco lo nuestro era clandestino, pero me cansé y quise que todos lo supieran, dejar de esconderme… aunque Gisele se negara a ello en un principio.

¡No puede ser!

Lo que me encuentro al llegar es lo que menos me gustaría ver en el mundo. Michael está a unos metros de distancia, tomando algo en una cafetería, nada más y nada menos que con Álvaro, el ex novio de Gisele.

Dominándome, rodeo el local por detrás y me siento cerca de su mesa, oculto por una columna de piedra que nos separa. No puedo sentirme más frustrado, más inseguro… pero no pienso perderla.

—Imagínate cómo estamos —comenta Michael—. Hace poco más de un mes nos dice que se viene a Málaga a trabajar para poder pagarse el máster de periodismo y ahora ha dejado el trabajo, está con su jefe y él va a ser padre.

—Gisele siempre ha sido responsable, ¿qué le habrá pasado?

El innombrable y yo no nos parecemos en nada. Yo tengo el pelo oscuro y los ojos verdes y soy de complexión fuerte. ¿Por qué Gisele se ha fijado en dos personas tan opuestas? Él había sido el primer y único hombre en su vida hasta que me conoció.

Pero fui yo quien la enseñó a gozar, tocándola y disfrutándola como él jamás supo, ni pudo hacerlo. He probado cada parte de su delicado cuerpo y ella se ha entregado a mí como nunca hizo con él. Estaba frustrada y a mi lado descubrió el sexo completo, salvaje.

Pensar que le perteneció a este hombre…

Cojo aire.

—Esa relación no va a llegar a ningún lado —continúa Michael—. Será otro juguete de un niño rico como es él y no pienso consentírselo. Lo peor de todo es que sus padres lo apoyan… No sé qué consiguen con esto.

—No perder a su hijo.

«Qué coño sabrás tú.»

—Dime, Michael —prosigue el tal Álvaro. Yo tamborileo con los dedos en la mesa—. ¿Dónde está Gise?

«¿¡Gise!?» ¿Es un apodo cariñoso?

—Se escapó anoche con él. —La voz del padre se altera—. Tenemos que hacer algo y que abra los ojos.

—Michael…, sabes que os aprecio, pero fui a verla y me echó.

«¡Y lo volverá a hacer!»

—No importa, aún no es tarde. Llevan muy poco tiempo juntos y no hay estabilidad alguna. —Me crujo los dedos—. Mi hijo me contó que la ha visto llorar muchas veces por el tal Matty, pero hasta aquí ha llegado.

Me levanto y, odiándolos como ellos jamás imaginarían, decido desaparecer durante el día de hoy… Lejos de Gisele, porque no quiero que me vea de nuevo perder los papeles.

Creerá que estoy trabajando y será lo mejor para ella.

Pero noto cómo mi temperamento me consume y termino gastando dinero sin ton ni son, sin

tomarme las pastillas porque me niego a ser un enfermo… riendo cuando quizá no es el momento.

Mensaje de Matt a Gisele. A las 10.35.

> Nena, perdóname por lo de hace un rato. Te quiero… Voy de camino al trabajo. Tenías razón, no debía haber ido a verla. Dímelo, por favor.

Mensaje de Gisele a Matt. A las 10.36.

> Te amo.

Ha contestado seca, seguramente esté enfadada. ¿Y si supiera…? ¿Me dejaría Gisele si supiera a qué se enfrenta estando a mi lado?

4.

—Matt, ¿eres tú?

Abro la puerta de la habitación, confirmando mi presencia.

—¿Quién si no? —pregunto a la defensiva—. ¿Por qué lo has dudado?

Con gesto irónico, se levanta de la cama y pasa de largo hacia la sala. Pero yo no le permito que me ignore de esta manera y la sujeto del codo, empujándola contra mí.

Con el mentón en alto, me mira cara a cara. Su actitud es desafiante, como siempre.

—No te atrevas, Matt. Son las once de la noche, te has ido a ver a tu ex y no he sabido nada de ti en todo el puto día. —Se suelta de mí y se dirige a la ventana—. ¿Cómo ha ido?

—¿Has hablado con tu familia?

—No, pero sí con la tuya… Con todos excepto con Roxanne. —Suspira. El corte de su mejilla está mejor—. Por supuesto.

Adoro a mi hermana, pero se ha interpuesto entre Gisele y yo apoyando a Alicia, y ha puesto una distancia entre nosotros que nunca antes tuvimos.

—Gisele, háblame de Álvaro.

—¿Qué? —Niega con la cabeza, asomándose a la ventana—. No me jodas, Matt.

—Te llamaba Gise…

Su asombro es evidente cuando se vuelve y, con las manos en la cintura, se encara conmigo. Supongo que espera que ceda, pero no puedo. Mi cabeza va a estallar con las imágenes y los planes de su padre, los que por supuesto no le contaré para no preocuparla.

—¿De qué vas, Matt?

—¿Cómo es que decidiste dejarlo? —insisto, pellizcándome la nariz—. ¿Por qué?

—Yo también te he hecho una pregunta y no me has respondido.

—No he estado con ella ni cinco minutos. —Me apoyo en la mesa y cruzo los brazos sobre el pecho, consumido por la rabia al pensar que pueda dejarme. Es un miedo que no consigo quitarme desde la infancia—. Gisele, por favor, necesito saberlo.

Con los hombros hundidos, rodea la mesa y destapa una bandeja. Está llena de fruta de todo tipo, decorada con un corazón y, en el centro, mi nombre escrito con fresas sin cortar.

No sé qué decir.

—Gisele…

—No comes nada —susurra, haciéndome sentar en la silla, mientras ella lo hace en otra en el lado contiguo—. Me tienes preocupada, Matt.

—Estoy bien…

—No duermes —añade, dándome un trozo de fruta en la boca, paseándolo por mis labios—.

Y tus cambios de humor me van a volver loca. Esta mañana me pides perdón en el mensaje, me dices que me quieres, ¿y ahora me hablas de Álvaro?

—Necesito saberlo.

Mi voz suena seca, asqueado al oír el nombre de él en sus labios. Tengo que hacer lo contrario que ese hombre, saber qué cartas debo jugar para retenerla. Ella nunca lo quiso… Y he de aprovechar estos días para hacerle entender que ha de ser mi mujer.

—Come —me incita, apoyando el mentón en la rodilla—. Matt, hace años que lo dejé…

—Háblame de la ruptura, por favor.

Como a duras penas, pues sé que así hablará.

—Ese día había llegado de la universidad, cansada, y mi madre me dijo que Álvaro estaba esperándome. Lo saludé. —Aprieto los dientes, tragando de golpe. Pero ella me da más fruta, atenta—. Fue algo rápido, yo tenía claro que él empezaba a ser un estorbo en mi vida, que no me aportaba nada. Sólo podíamos ser amigos.

—¿Qué más?

—Lo subí a mi habitación y… —Escupo la fruta y cierro los ojos con fuerza. No quiero ni imaginarlo—. Ya basta, Matt. Lo dejé, punto final. Le dije la verdad. Que era demasiado tierno y sensible para una persona con un temperamento como el mío.

—¿Y te dejó ir sin más? —mascullo sin mirarla.

—Él no es como tú, Matt —susurra y percibo su aliento cerca—. Por eso estoy aquí contigo y no con otro…

—Gisele —le advierto atormentado.

—He discutido con mi padre, con mi hermano y con tu hermana. —La miro y me sonríe, gateando sobre la mesa. Me mata—. Pero no estoy mal, porque sé que mereces que te apoye.

Me debato sobre si sacar el anillo ahora mismo. Pero mi inseguridad me lo impide. No estoy preparado para una posible negativa.

—Ven aquí —ronronea con sensualidad, tirando del cuello de mi camisa—. Tócame, bésame y fó…

—Chis —la interrumpo, al intuir lo osada que va a ser—. Aún no, Gisele… Estoy lleno de rabia, de impotencia.

—Ya pasó —me provoca, lamiéndome los labios—. Olvídalo.

«No puedo, no después de ver a tu padre planeando cómo alejarte de mí.»

—Gisele, basta.

Pero ella sabe cómo jugar sus cartas, cómo ponerme al límite y provocarme una erección de mil demonios. Una que está a punto de traspasar el pantalón, pidiendo ser liberada. Como la bestia que llevo dentro.

—Matt —gime, recorriéndome con la lengua, desde el labio superior, pasando por el inferior, hasta que la cuela dentro de mi boca. Me aprieto el muslo, ¡Dios!—. Duro… a lo Campbell.

Poco a poco, desliza la mano dentro de la bragueta de mi pantalón, acelerándome el pulso. Sus dedos llegan al glande y, suavemente, pasea las yemas por él una y otra vez… Y una más.

Siento que voy a perder la cabeza y, completamente rendido, la cojo en brazos y la acorralo contra la pared. El camisón corto se le levanta hasta la cintura, haciendo que me olvide del control.

Con la palma de la mano, empiezo a acariciarla desde el tobillo, avanzando hacia su rodilla y

ascendiendo luego por sus muslos. Mi boca no tiene contemplaciones con la suya y la devoro como si fuera nuestro último día juntos.

Le tiro del pelo, desesperado por penetrarla y no salir de su, seguramente, húmeda cavidad.

Un gemido.

Permanece inmóvil.

Algo no va bien.

Gisele suele entregarse a la pasión, al deseo desmedido que nos une. Sin embargo, ahora levanta las manos contra la pared, ofreciéndose como la sumisa que nunca ha sido.

—Te he hecho daño —afirmo. Ella niega con la cabeza, empujando las caderas contra mi pelvis. Me duele de tanto como la necesito—. ¿Entonces?

—Hazme lo que quieras…

Se arquea más.

Miro su mejilla, el corte parece casi curado, sin embargo, me doy cuenta de que la he aferrado con tanta fuerza que he arañado la blanca piel de su cintura.

—A dormir —digo agobiado.

¿Por qué no sé tratarla tan bien como se merece? Por la puta rabia.

—¡Vaya día, Matt!

La dejo en el suelo y, sin mirarla, me encamino hacia la cama. Sin quitarme la ropa, me tumbo dándole la espalda.

La petición de matrimonio me tortura y el tiempo se me acaba, ya que quiero hacerlo antes del jueves, cuando viajemos a Nueva York para que ella pueda posar para el reportaje.

Un mundo en el que jamás debí introducirla.

—Matt —susurra en mi oído, detrás de mí—, me gusta cuando eres posesivo y exigente en el sexo, ¿qué demonios te pasa?

—Duerme.

—¿Vamos a discutir otra vez tontamente?

—Yo…

—Anda, mírame.

Me vuelvo de cara a ella y hundo los dedos entre los largos mechones de su cabello. Gisele me sonríe, consiguiendo que le devuelva la sonrisa y ambos disfrutamos de una tranquilad que no poseemos.

—¿Cómo te ha ido en el trabajo? —pregunta, acurrucándose contra mi pecho.

La abrazo con fuerza.

—Como siempre —miento—. He organizado algún reportaje, ha habido varias sesiones de fotografía. En fin… lo típico.

—Bien. —Me besa sobre el corazón—. Te amo, Matt.

—Y yo, nena. No te imaginas cuánto.

—No olvides que estoy aquí —dice, enterrando la cara en mi cuello—, por favor, recuérdalo.

—Lo hago.

«Aunque te mienta y no te diga que quizá pronto he de hacerme otro examen y te oculte que no es el único desde que nos conocemos.»

Pero lo hago para protegerla, para no tener que involucrarla en este duro proceso.

—Gisele —la llamo, zarandeándola—. Nena, despierta.

—¿Hmm?

Bosteza, mirándome con un ojo cerrado. Estoy de pie, a su lado, listo para que vayamos a dar un paseo. Me apetece salir con ella, ir de fiesta y desconectar un poco. Comprarle cosas, mimarla. Me siento eufórico, sin sueño, aun sin haber dormido apenas.

—¿Vas a salir? —pregunta incorporándose y buscando su móvil—. Matt… —entrecierra los ojos—, son las cinco de la madrugada.

—¿Y qué más da? —Suelto una carcajada—. Vamos, preciosa.

Alarmada, me mira de arriba abajo.

—¿Estás bien?

—Muy bien, cariño —digo, tirando de ella y llevándola hasta el armario para que busque algo de ropa—. Elige qué ponerte, o, si lo prefieres, salimos ahora y cuando abran las tiendas compramos lo que quieras. ¿Te apetece comer? ¿O quizá algún capricho? Tienes que hacerte una copia de las tarjetas y…

—Matt…

—Lo que quieras, todo es tuyo. Recuerda que…

—¡Matt!

Al mirarla, me doy cuenta de que he sacado toda su ropa del armario y la he esparcido sobre la cama. Lo he agitado, sin darme cuenta. Veo lo desconcertada está, pero ambos callamos. Ella no entiende mis cambios de humor y yo no sé controlarlos.

—¿Qué te pasa, Matt? —me pregunta, con la mirada perdida en el desorden—. ¿Qué haces? ¿Adónde vas? ¿¡Qué es esto!?

—Nena…

—¿Comprar? ¿Salir? —continúa, señalándome—. ¿Qué caprichos me vas a compra de madrugada, Matt?

—Tienes razón, ha sido un…

Coge toda la ropa a la vez, sin ordenar nada, la lanza al armario y abre la cama. Me mira e, impaciente, me arranca la camisa. Luego se arrodilla y me baja el pantalón.

—Gisele, ¿qué estás…?

Me suelta, con las manos en alto, señalando que no hay provocación.

—Duerme, Matt —ordena cansada—. Creo que necesitas descansar en condiciones.

Toda la diversión se ha esfumado. Me tiro sobre el colchón boca abajo y me maldigo, tapándome la cabeza con la almohada.

Gisele tiene veinticuatro años y es la pequeña y por tanto la protegida de su familia. Lo que la espera al lado de un hombre que con veintinueve tiene tantas cargas, inseguridades y miedos respecto al pasado, no será fácil para ella.

5.

El martes me voy del hotel antes de que Gisele se despierte. Sé que está cansada, porque ha pasado la mayor parte de la noche desvelada y supongo que la causa soy yo.

En el trabajo estoy desganado. No llamo a Alicia, ni tampoco a mi hermana Roxanne, que me espera, pues ha decidido enterrar el hacha de guerra con Gisele.

Mi móvil suena dos horas después de que llegue al despacho. Mi corazón se desboca. En la pantalla aparece «Número desconocido»… algo que nunca me ha gustado. No me dan buena espina. Cuando se ocultan, pienso que no será nada bueno. —¿Sí? —pregunto.

Pero nadie habla, únicamente se oye una respiración alterada.

—Ey —reclamo.

Nada.

Cuelgo.

Dos minutos después, vuelven a llamar. Sin embargo, suspiro tranquilo al ver que es Gisele y no ningún desconocido —¿Matt?—dice.

—Dime, nena.

Cierro el portátil, desanimado. Tengo su foto encima de mi escritorio.

—Creía que desayunarías conmigo —refunfuña—. Te echo de menos, Matt.

—Perdona, tenía trabajo —respondo, tapándome la cara con las manos. Hoy su padre ha vuelto a quedar con Álvaro en la cafetería. Los he visto de camino aquí y no lo tolero—. Yo también a ti, Gisele.

—Pues no te alejes. Estás raro...

—No es nada.

—Bien.

Oigo el sonido de colgar. Me ha cortado la llamada. ¡Joder!

—Matt —me llama Denis desde el pasillo—. Todo listo, te esperan.

—¡Voy! —grito.

Bebo un poco de agua y me encamino hacia la sala donde se va a hacer el reportaje. No sé muy bien de qué va… Chicas casi desnudas, lo que me faltaba.

—Poneos una detrás de otra —les ordeno, o casi les gruño, con las pocas ganas que tengo de estar aquí—. Rápido, por favor.

—Sí, señor Campbell.

«Como me llamaba Gisele. “Mi señor Campbell”, decía.»

—Un momento… —dice una de las chicas—. ¿Tu novia no es Gisele Stone?

Me acerco, interrogándola con la mirada.

—La vi en una revista y hace poco en el desfile contigo —me aclara intimidada—. Lo digo porque me ha parecido verla aquí fuera.

—¿Fuera, en la empresa? —Alzo una ceja.

—Sí, hablando con un chico.

La bilis me sube a la garganta.

—¿Qué dices?

—Bueno… —titubea, mirando a las otras, que se encogen de hombros—, igual me he confundido.

Aparto a mis empleados y a las modelos y corro por los pasillos. Creo ver una melena como la suya, pero un momento después la he perdido. Miro enloquecido a todos lados, abriendo y cerrando cada puerta donde hubiese podido colarse… Nada.

—¡Gisele!

—¿Matt?

Es mi hermana Roxanne.

—Hola, he venido a verte. ¿Qué pasa?

—¿Has visto a Gisele? —Ella niega, asombrada—. No sé si ha venido y, de ser así, se ha ido.

—Si quieres, vamos a buscarla.

Salimos los dos a la calle, pero parece como si se la hubiese tragado la tierra. Y, de repente, tengo una intuición y le pido a Roxanne que me lleve en coche hasta la cafetería donde el padre de Gisele y el innombrable se encuentran.

—¡No! —Le doy un puñetazo a la ventana del vehículo—. Dime que no puede ser. ¡Dímelo!

—¿¡Qué!?

Mi hermana mira a un lado y a otro. ¿No los ve?

—Son Gisele y su ex —señalo, volviéndome loco, dando codazos y patadas—. Lo está besando.

—Matt…

—¡Me lo juró!

—Ey…

—No puedo, no lo soporto… —Me ahogo—. ¡La perdonaré, lo sabes, pero…!

—¡Matt! —Roxanne me obliga a mirarla y me acaricia la mejilla—. No es ella, ¿qué te pasa?

No puede ser que los celos me cieguen así. Me bajo del coche y, poseído por el mismo demonio, aparto bruscamente al cerdo de ella. Mi hermana, que ha corrido a mi lado, pide disculpas innumerables veces a la pareja… No es Gisele, tampoco Álvaro.

—Tienes que relajarte, Matt.

—Márcame su número de teléfono, por favor —susurro arrepentido—.Necesito hablar con ella.

—No te abandonará —me consuela, mirándome de reojo—.Tarde, pero lo he entendido, y tú tienes que hacerlo también.

—Su padre… —Me callo.

Me tiemblan las manos cuando cojo el teléfono. Me recrimino no confiar en ella, dar las cosas por hechas. Imaginar lo que no es con tanta facilidad que me agota. Escuchar lo que dice la gente… ¿Es que nunca aprenderé?

—Nena —digo, nada más oír su respiración—, ¿estás en el hotel?

—¿Matt? —Se oye mal—. ¿Eres tú?

—Claro que soy yo.

—Este puto cacharro no tiene cobertura. —Me hace reír, así de fácil oscilo de un sentimiento a otro—. ¿Todo bien?

—Sí…

—Estoy aburrida, sola… Amor, no vengas tarde, por favor.

Su súplica me hace recapacitar.

—He sido un estúpido. Voy para allá y pasamos la mañana juntos.

En vez de aprovechar los momentos a su lado y preparar el terreno para darle el anillo, me estoy distanciando de ella una vez más. ¡Idiota!

—Me voy, Roxanne.

—Cuídate… —me dice preocupada.

En menos de diez minutos estoy de vuelta en el hotel. Gisele me espera arreglada, tremendamente sexy, alterando mis sentidos. Lleva un pantalón corto, camiseta escotada de tirantes y zapatos de tacón.

Incluso se ha maquillado. Los celos se apoderan de mí de una forma absoluta, fulminante. Sólo con imaginar que otro la mira ya me enervo. Otro… que pueda darle lo que yo no. Una vida estable, sinceridad.

—Campbell… Campbell —se burla ella, viniendo a mi encuentro con esa alegría que hace que me rinda a sus pies—. Cuidado con lo que sea que vayas a decir, porque no pienso cambiarme, ¿entendido?

—¿Adónde vas?

—A pasear. Es martes y quizá te apetezca que disfrutemos de esta mañana tan calurosa de verano… —Se abanica con la mano y se tira a mi brazos. Yo la acojo con desesperación—. Hola, amor…

—No empieces.

Trago saliva mientras cierro los ojos. Sintiéndola mía.

—¡Matt! Pues entonces vámonos y disfrutemos de este virginal romance —se ríe con alegría.

Le beso la frente tenso y agarrotado al verla lucirse tan atrevida.

—¿Te das cuenta? —añade—. Podría ser que nuestros días aquí fueran como una luna de miel y la estás desaprovechando. ¡Tonto!

Luna de miel… He darle el anillo. ¿Cuándo será el momento? Quizá en un lugar donde nos sintamos cómodos. Un reservado, claro que sí. Por la mañana iremos de compras y durante el almuerzo se lo propondré.

Pero llega el momento y ella dice una frase que me echa para atrás. ¡Joder!

—¿Has visto esa chica vestida de novia? —Me señala el otro reservado. Hay una celebración —. Yo odio las bodas.

—Eso ya lo he oído otras veces —contesto, dándole sushi en la boca. Se relame. Ya estamos con el maldito juego—. ¿En qué piensas?

—En lo importante que puede llegar a ser en tu vida una persona a la que nunca habías visto y con la que de un día para otro todo es intenso, fuerte. —Coge su refresco y dice picarona—: Por nosotros, Matt. Por los momentos que hemos vivido.

—Y por los que nos quedan —añado, mirando lo descarada que es. Preciosa… lo es todo

para mí—. Dime cuál es tu favorito.

Hacemos chocar las copas y bebemos. Me acerco más a ella, tapándola de la vista de un camarero que no nos quita ojo y ya me está poniendo nervioso al pensar que es por Gisele.

—Es muy difícil, Matt —contesta, masticando melancólica una aceituna—. Quizá el día que me dijiste cuánto me querías, tras haber creído por la trampa de mi amiga Noa que me marchaba. ¿Y el tuyo?

«Me devolviste las ganas de luchar contra un imposible.»

—Todos, Gisele, porque con cada uno me has enseñado algo. —Le cojo una mano—. Pero sigo esperando el más especial, el día que pueda decir que eres mía frente a todos los que insisten en lo contrario.

—Lo soy —dice sonriendo, con sus ojos grises iluminados.

—Sabes de qué te hablo —añado ronco.

Se le desencaja el semblante y a duras penas consigue tragarse la aceituna. De pronto, le da una tos muy escandalosa. Me niego a creer que esto sea una negativa, que no me vaya a aceptar y que el resto consigan así lo que quieren… hacerle ver que no soy bueno para ella.

—¿Vamos a la playa? —suelta de pronto, jugueteando con un trozo de miga de pan que hay en la mesa.

«Estupendo.»

—Sólo tienes que pedir… aunque no me haga ni puta gracia.

—Ay, Matt.

Pero quiero vivir por y para complacerla.

No puedo más, no lo soporto. ¡Voy a perder la puta cabeza! De pronto, casi las únicas palabras que mi madre me dedicó en mi niñez me atosigan al ver a Gisele disfrutando de un baño, en biquini, y con cuatro pares de ojos pendientes de ella.

«No prestes lo tuyo, lo tuyo es sólo tuyo. Nunca permitas que te lo arrebaten. No des aire o libertad a aquello que sientes como propio, si lo haces, lo perderás...»

Me presiono la sien, controlándome. Estoy a punto de estallar. Entiendo cada palabra, lo que me quiso transmitir, y lo consiguió, sin duda alguna. La inseguridad de lo que he vivido. Mi madre biológica le dio libertad a mi padre y él la abandonó… Más tarde, yo se la di y ella renunció a mí.

Odio sentirme así, pensar de esta manera tan drástica. ¡Soy lo que me enseñaron! Y soy… lo que mis malditos impulsos me arrastran a ser.

—¡Matt! —grita Gisele desde la orilla—. ¡Ven, el agua está calentita…! Y a lo hondo…

—Prepárate.

6.

Son las cinco de la tarde del miércoles y mañana salimos de viaje. Hoy estoy muy animado, demasiado. Tras el buen rato de ayer en la playa, veo las cosas de otro color. No le he dado el anillo y acabo de cambiarlo por otro más bonito y sencillo, más Gisele.

—Karen —telefoneo a mi madre, mientras entro en el coche—, ¿me oyes?

—Sí, cielo. Dime.

—Necesito que me hagas un favor, que me reserves una mesa donde le he dicho a Roxanne y con los detalles que te diré.

Me tiemblan las manos al tocar el anillo.

—Claro que sí, dime, hijo.

—En la mesa quiero pétalos de rosas rojas y un mantel oscuro.

Me callo que, sobre ellos, pondré el anillo de compromiso con el que espero obtener el sí que dé paso a la alianza de casados.

—Karen —insisto—, es importante.

—Suena a cena romántica… Uy, uy.

—Sí —digo esperanzado—. A las nueve, por favor.

—Cuenta con ello y dale besos a Gisele… Ah, Alicia ha salido del hospital.

—La llamaré a la vuelta del viaje.

Apago el teléfono. Ahora sólo me queda ir a un sitio, parar todo esto y demostrar que puedo ser el hombre serio y responsable que Gisele necesita.

Aparco en la acera, frente a la casa de Scott Stone, el hermano de mi futura esposa.

—¿Qué haces aquí? —Es el padre quien me recibe—. Vete por donde has…

—Vengo a pedirte formalmente la mano de tu hija.

Su sonrisa se ensancha y, con tranquilidad, me cede el paso hacia la vivienda.

—Sabes que mi hija se va a ir a Lugo con Álvaro, ¿verdad? —Inmediatamente me agito por su ataque tan cruel—. No la has tratado como corresponde, Campbell. La has mantenido como chica de servicio mientras la metías en tu cama.

—Eso no es verdad —mascullo—. Y no he venido a discutir.

—En cambio, yo sí vine por mi hija. ¿Y ese anillo para cuándo? —ironiza, caminando con las manos a la espalda—. Sé cómo eres. Le callarás la boca con eso y luego la dejarás tirada como a una fulana.

—Cállate —digo—, no sabes lo que dices.

—La vas a perder. No te dará tiempo a cansarte de Gisele cuando ella se dé cuenta de que no eres la persona que…

Impotente, me acerco a él y lo cojo del cuello. Me duele la mandíbula de lo apretada que la tengo.

—Se irá con Álvaro y le dará todo lo que tú, a pesar de tener…

Pierdo el control, mis instintos me dominan y le doy un puñetazo, deteniéndome al ser consciente de que es el padre de la mujer que amo. Pero él sonríe, se burla y… tras el primer golpe llegan varios más.

—¡Campbell! —Es la voz del hermano de Gisele—. ¡Basta, malnacido!

Me empuja con fuerza, haciéndome caer hacia atrás. Nos miramos a los ojos. Yo sé cuánto lo adora su hermana, sin embargo, todo esto ha sido por culpa de él, por alarmar a sus padres.

¡Mierda!

Miro a mi alrededor buscando a Isabel, la madre, pero no está.

—Te vas a enterar —me amenaza Scott, y sale corriendo a la calle. Me levanto y voy tras él… Está destrozando mi vehículo con una barra de hierro—. Fuera de aquí, ¡lárgate y cuéntale a mi hermana lo que has hecho!

¿En qué va a terminar todo esto? No me pienso pelear más… Que destrocen o que me provoquen lo que quieran, mi prioridad siempre será Gisele Stone.

Regreso al hotel en un taxi. Quizá debería sentirme culpable, sin embargo, no es así. Michael Stone me ha desafiado y me ha rechazado cuando le he pedido la mano de su hija… Y no me la ha dado.

¿Qué esperaba que hiciera tras sus repugnantes palabras?

Cuando llego a la habitación, la encuentro en silencio. ¿Gisele se ha dormido? Me acerco a la cama y me siento a su lado.

—Cariño, despierta —le digo, acariciándola con suavidad.

Abre los ojos, bostezando, y me mira. Estoy tranquilo, sí, y ella se da cuenta enseguida. Me encuentro mucho mejor. Ya están hechas las maletas. Nos vamos a Nueva York para su reportaje.

—Hola —le sonrío—. Levántate, voy a llevarte a cenar.

—¿Ahora? —pregunta sorprendida.

—Sí, sales poco y he reservado mesa para las nueve.

Pero entonces hay algo que me llama la atención. Las sábanas se mueven. Miro a Gisele incrédulo y ella susurra con voz melosa:

—Tengo ganas de salir, pero déjame un poco de tiempo...

—Gisele, ¿qué estás haciendo? —Sonríe. ¡¿Qué demonios?!—. ¿Te estás tocando?

—Estoy hambrienta desde hace varios días y dentro de dos voy a tener el período...

Será sinvergüenza… Me temo que es una estrategia.

—Necesitaba saciar mi apetito. —me confirma juguetona—. ¿O tienes algo para mí?

Dios, no me resisto. El restaurante y la proposición de matrimonio tendrán que esperar.

Me abraza mientras yo acelero en cada acometida, aliviando el dolor de no haberla tocado en tres días. La amo… la deseo y la quiero en todos los sentidos.

¡Dios!

Arremeto con intensidad, devorándole los labios, acariciándola hasta que me duelen las

manos y la siento llegar al clímax.

—Nena, me llenas —gruño, uniéndome a ella. Tiemblo satisfecho, nunca saciado—. Abrázame.

Lo hace y cierra los ojos. La veo cansada y no puedo engañarme, tengo miedo de perderla por lo que ha sucedido con su familia.

—Gisele, ¿estás bien? —Me mira y se me encoge el estómago al recordar la expresión y las palabras de su hermano. Aun así, me lo callo y digo—: ¿Recuerdas la cena? Vamos a ducharnos juntos, ¿te apetece?

—Mucho. ¿Todo bien?

Le acaricio la mejilla, ocultando mis secretos y temores. ¿Se habrá planteado ella que yo esconda algo? Sé que hay actitudes que no entiende… Ni los demás tampoco.

—Vamos, preciosa.

La cojo en brazos y la llevo conmigo al cuarto de baño. Mi cuerpo vuelve a reclamarla a gritos. Hace días que no la toco como quisiera y ninguno de los dos estamos acostumbrados a estar más de unas horas sin sentirnos.

—Matt…

Para mi sorpresa, me acaricia el pene con la mano. La apunta directamente, duro, grueso. Y luego me rodea el cuello con un brazo, mientras mueve suavemente la otra mano hacia delante y hacia atrás.

—Quiero más, Campbell —gime provocadora. Me coge de la mano y me hace sentar en el borde de la bañera—. Quiero probar cada parte de tu rígido cuerpo.

Se agacha y me chupetea el cuello, que yo echo hacia un lado entre gemidos desesperados. Va bajando por mi torso, mirándome entre las pestañas. Desliza la punta de la lengua hasta mi vientre y al llegar a mi pubis hace una pausa.

—¿Sigo? —pregunta, con las manos apoyadas en el borde de la bañera.

—Detente.

Pero no lo hace. Me chupa y se mete mi pene en la boca con la intensidad que sabe que me enloquece y tortura. Maldigo en voz alta, casi tirándole del pelo… ¡Joder! Y, tras un par de lametones más en la punta, que ya me brilla, se retira obediente.

—Manda lo que quieras —me incita, con su habitual desparpajo.

—Abre bien las piernas —le ordeno contenido.

—Si acabas de…

—Lo sé —sonrío—, pero quiero más. —Señalo al fondo—. Súbete ahí.

—Matt…

Le doy una palmada en el trasero y, sonriendo, le susurro:

—Provócame.

Sus ojos se iluminan y sus caderas se contonean al ritmo de sus pechos, que están hechos a mi medida. Con esos pezones rosados que tanto me encanta lamer sin control alguno.

—Mi señor Campbell… —gime.

Mi mirada está clavada en ella mientras me obedece y deja las piernas colgando del lavabo, al sentarse encima. Con su sexo abierto expuesto, preparado para mí.

Sé que se siente deseada, y se retuerce al ver cómo me relamo los labios, con la mirada fija en el centro de su placer.

—Buena chica —murmuro, inclinándome y arrodillándome entre sus piernas—. Sólo tú consigues ponerme tan duro sin tocarme.

Al advertir mi aliento cerca de su sexo, gime impaciente por la necesidad que la abrasa. Estoy muy cerca, me aproximo y ella se abre aún más, ofreciéndose sin pudor.

Con el primer lametón, grita por lo que le provoco con mi lengua alrededor de su cavidad. La sensación que me transmite es arrolladora. Y entre gritos de necesidad, se agarra con fuerza a mi pelo y me empuja a que no me contenga. Dándome la libertad de dar rienda suelta a la imaginación.

—Por favor... ¿qué me haces, joder? —suplica retorciéndose, provocando que se avive mi deseo—. Te necesito… fuerte, rápido.

Entonces dejo de ser suave y empiezo a lamerla y chuparla sin control alguno. Succiono su clítoris y extiendo la humedad alrededor, saboreándola hasta hacerla enloquecer. Mis labios se vuelven impacientes, ansiosos, voraces. Y ella se arquea, se eleva para que profundice más.

—Deliciosa, delicada —digo, apresando su culo y llenándome las manos de él—. Han sido días duros, en los que he querido tomarte de mil maneras.

—Hazlo hoy —gimotea—. Así… más.

La beso, la chupo y succiono con una exigencia desbordante. Lloriquea, le gusta. Sé que está a punto y con la lengua la barro sin piedad. Entonces los temblores la dominan y tiene un poderoso orgasmo.

—Matt... —jadea retorciéndose, mientras me lleno de su humedad, de su esencia, y no me alejo hasta que ya no queda nada—. Ha sido increíble…

—Tócame —le pido, acercándome su mano para que tantee mi miembro, completamente excitado—. Eres un pecado, tu sabor es tan exquisito... mira cómo me tienes.

Cierra los ojos, creo que cansada. Pero repentinamente se encuentra conmigo de pie, echándola hacia atrás en el lavabo, con su morbosa imagen reflejándose en el espejo que queda detrás de ella.

Y la penetro con una rapidez que asusta. Entro y salgo de su cuerpo, salvaje, con precisión. Le pellizco los pechos, se los masajeo.

Pierdo la cabeza al verla a través del espejo, arqueada, con los senos erguidos.

—Apriétame, contráete.

Hace lo que le pido y, tras un gruñido descomunal, le atrapo los labios y se los beso con el ansia de posesión que me atrapa, y me pierdo buscando su boca, chupándosela, devorándola.

Ella me busca intensamente, sin tregua. Nos mordemos los labios, acallando los gruñidos y gemidos del otro.

—No puedo más —solloza—. Matt…

Me vuelve más loco, ya no puedo atravesarla con más potencia, mis manos no pueden exigirle más, porque me lo está entregando todo.

—¡Córrete ya, Gisele!

Flaquea.

—¡No ordenes! —jadea.

Hace presión con sus paredes vaginales y aprieta mi hinchada virilidad, incrementando las siguientes acometidas. Dentro, fuera y todo se va a la mierda. Me tenso, intentando dominar mi cuerpo, mis sentidos, en esta última y dura invasión… Y luego caemos al vacío.

—Matt… —Gisele se desploma sobre mí—. Dios…

—Joder, sí.

La estrecho entre mis brazos, enterrando la nariz en su pelo.

—Gisele…

—¿Mmm?

Paseo los dedos por el centro de su espalda y ella me da unos mordisquitos en el pecho, chupeteándolo.

—Más… —susurra.

—Ven.

Flácida y sonriendo coqueta, se baja del lavabo y me da la espalda. Apoya las manos en el borde, mirándose en el espejo de frente, conmigo pegado a su espalda.

—Morbosa…

—Me encanta. —Y, suavemente, la embisto por detrás—. M-Matt…

—Pide —gruño, chupando su hombro.

—Así…

Me pierde su forma de morderse los labios, de acompañarme con las caderas. Sus ojos sin apartarse de los míos a través del reflejo, que nos muestra el placer del morbo compartido.

Me coge las manos y me las pone en sus pechos, pero yo voy más allá y, con la izquierda, le masajeo el pezón, se lo pellizco, mientras con la derecha introduzco un dedo en su cavidad…

—¡Matt!

Se agota y me agoto. Las estocadas son lentas, las caricias suaves, como ella merece.

Y así nos perdernos, nos encontramos y estallamos.

—¡Ah! —grita desahogándose.

—Joder —murmuro, apoyando la frente en su nuca—. Eres mía, mía. Te amo, preciosa. Me complementas en todo.

—Y tú, mi señor Campbell. —Se ríe, mirándome por encima del hombro. Me besa y cuchichea contra mi boca—: Menuda limpieza le has hecho a la chica de servicio.

Ahora nos reímos los dos. Estamos pegajosos, sudados, pero nada importa. No hay límites para esta pasión.

—¿Una ducha? —pregunta jadeante, casi sin voz.

Nos duchamos juntos entre risas, felices. Pero por un momento, el eco de sus palabras me borra la sonrisa.

«No lo harás. Tú me quieres y sabes que con eso me harías daño y que yo no te lo perdonaría nunca.»

Y sin embargo lo he hecho, me he enfrentado a su familia. Disimulo mi malestar, ¿voy a perderla?

Acuno su cara entre las manos y le beso la nariz mientras susurro, mirando sus ojos llenos de amor y de una confianza que no merezco:

—Te amo, nunca haría nada con la intención de hacerte daño… —Gisele asiente, sonriendo —. Nos iremos de viaje y nos olvidaremos del mundo.

Risueña, se lanza a mis brazos. Yo la estrecho contra mí con desespero, tan enamorado que sé que no podría vivir sin ella…

Al salir de la ducha, pensativo, me tomo la pastilla a escondidas antes de dirigirnos al

restaurante donde todo puede cambiar entre nosotros. Voy a hablarle de lo sucedido con su padre, de mi intención de controlarme.

Lo que no le diré es que estoy dispuesto a someterme a lo que sea para conseguirlo. No quiero meterla en un problema que es para siempre, aunque lo puedo llegar a controlar… O así me lo aseguraron.

Es la hora. ¿Me aceptará? No puede dejarme, me lo prometió…

Como también yo a ella no defraudarla. Y no obstante lo he hecho.

Una cena, pétalos de rosas y un anillo sobre la mesa… ¿Cuál será la respuesta?

7.

Sopa, ensalada y pescado… Ha llegado el momento.

—Esta noche quiero que descanses, para que mañana estés bien para el viaje —le digo mientras cenamos—. Siento que no vayas a tener mucho tiempo para disfrutar de Nueva York por culpa de mi trabajo, pero debo estar aquí el lunes.

—Lo sé...

—Harás el reportaje —carraspeo— y volveremos.

—No te preocupes, ya iremos en otra ocasión.

Nos sirven el vino y dejo de comer, observándola.

—Nena, Nueva York podría ser un buen lugar para una luna de miel.

Traga con dificultad.

—Gisele, ¿si te propusiera matrimonio formalmente me rechazarías?

Tontea con la comida, pensativa y sé que nerviosa. Aunque de pronto, parece querer sonreír y me mira de reojo.

—No lo sé. Tiéntame... con anillo y todo.

—Por supuesto —suspiro aliviado—. Gisele...

Se me seca la boca y ella se alarma.

—¿Qué sucede, Matt?

Alargo las manos y atrapo las suyas. Puedo adivinar cómo también su boca se seca de nerviosismo.

—Gisele, tengo algo importante que decirte. En realidad, varias cosas.

—Dime —dice con voz insegura.

—Quiero que pienses sobre algo muy importante para mí. A cambio, tengo promesas que hacerte que sé que quieres escuchar.

—¿Qué promesas? —Retira la comida, nerviosa—. ¿Qué me quieres pedir?

—Prometo controlarme, prometo no dar puñetazos. Prometo ser más paciente y todo cuanto me pidas —me callo y tomo aire—... si aceptas ser mi esposa. Te amo, Gisele. Lo necesito para saber que estamos bien y que no te irás de mi lado.

—Matt... —titubea—, creía que...

—Nena, estos días hemos pasado por distintos estados de ánimos y nos hemos enfrentado con gente que ha juzgado nuestra relación. Tu padre, nuestros hermanos. También está Alicia y... Álvaro, que ha aparecido, inquietándome. Sé que hacer lo que te he prometido no será fácil, pero lo haré por ti y sólo por ti.

»Gisele —continúo—, me tienes completamente hechizado, enamorado y quiero compartir

mi día a día contigo. Sabes lo que provocas en mí y que haré cualquier cosa que me pidas. —Su respiración se acelera—. Te amo, Gisele, te amo como jamás pensé poder amar a nadie y no puedo perderte.

—No lo harás —susurra, apenas se la oye.

Le acaricio la mano.

—Quiero que seas mi esposa para mimarte y cuidarte como mereces. Eres mi vida, nena, ya no puedo vivir sin ti.

Por un segundo me parece ver la emoción en sus ojos.

—Matt, yo...

—Antes de responder tienes que saber algo más, no quiero mentirte. —Le aprieto los dedos, callándola—. No he podido controlarme, Gisele, y hoy, antes de venir al hotel, he pasado por casa de Scott y...

Se tensa, sentándose recta en la silla.

—¿Para qué, Matt?

—He discutido con tu padre y lo he golpeado.

Su cara se arruga, descomponiéndose.

—Matt, dime que no es verdad —implora—. Dime que no has sido capaz de hacerme esto.

Bajo la mirada. Ahora, al verla, la culpabilidad me puede. Gisele niega con la cabeza y yo busco una salida desesperadamente.

—Lo siento... pero la bofetada que te dio, encerrarte en la habitación y el corte de tu mejilla me han estado atormentando. Lo sabes, me has visto estos días. No sé qué me ha pasado, pero cuando él me ha provocado... Quería aguantarme por ti, pero he perdido los estribos, no he sabido frenarme. He sido consciente de las consecuencias demasiado tarde —continúo desesperado—. Él está bien, sólo ha sido un golpe en la mandíbula. Perdóname. Sé que soy difícil, pero haré cualquier cosa por ti, lo sabes, Gisele.

—¿Y Scott, y mi madre? —balbucea sin aliento—. ¿Por qué, Matt?

—En ese momento estaba él solo y me he perdido en mi mundo. Estábamos hablando, me ha hecho reproches acerca de ti y...

Evito echarle directamente la culpa a su padre… Ella se tapa la cara con las manos y se echa a llorar.

—Lo siento, nena, te juro que estoy arrepentido. Te hace daño y eso me duele, pero no soporto que te toque y te lastime.

Le he hecho mucho daño. En su rostro se reflejan la decepción, el dolor. Yo estoy desesperado, no sé qué más decirle, qué hacer para que me entienda sin confesarle cuál es el detonante de mis cambios de humor. Lo que sí nos separaría para siempre.

—No llores, por favor, me parte el alma verte así...

—¿Por qué tienes que complicarlo todo? —solloza interrumpiéndome—. Estábamos tan bien... Tú y yo solos, en nuestro mundo...

La estoy perdiendo, me agarroto y decido proponerle una salida que quizá nunca pueda cumplir:

—Gisele, te dejaré marchar si es lo que necesitas para ser feliz. Lejos de este loco que te ama de una forma enfermiza... pero piensa que si te vas, me matarás.

Se seca las lágrimas, yo estoy a punto de derrumbarme. Si me pide que me aleje no podré

resistirlo. ¡Su padre me ha provocado y yo le he mentido al decirle que sólo ha sido un golpe…!

«Cuéntaselo todo.»

—Sabes que no puedo vivir sin ti, ayúdame, por favor —le suplico.

Y al decirlo me arrodillo y le cojo la mano, mostrándole el anillo. Ella hipa, perdida, buscando mis ojos.

—Gisele, quédate y cásate conmigo.

Tiene los ojos muy abiertos y me mira sorprendida.

Se incorpora temblando y, casi sin fuerzas, me pide que me levante también. Yo la miro asustado, lleno de recelo por sus dudas. Me da pánico pensar lo que sucederá… La abrazo.

—No puedo, Matt —susurra—. Dame tiempo.

¡No! La aparto de mí para mirarla a los ojos.

—Gisele… —gimo, aferrado a su cintura—, por favor.

—¿Me has contado toda la verdad? —La sujeto con más fuerza, completamente aterrorizado ante su posible huida—. ¿Sólo ha sido un golpe en medio de un arrebato?

Me callo. Me falta valor.

—Dame algo, Matt. Algo para que pueda confiar en ti.

—No… —termino confesando cabizbajo. Se me quiebra la voz—.Le he pegado más de una vez… Lo siento muchísimo, nena. Perdóname.

Se tapa la boca con las manos, horrorizada, y, sin decirme nada, se marcha corriendo.

«No me abandones tú también.»

Yo pago la cuenta y voy tras ella hasta que los dos nos encontramos cara a cara en la habitación del hotel.

Nuestras respiraciones agitadas expresan lo que nosotros no nos decimos con palabras.

—¡Es mi padre! —me grita desesperada—. Lo conozco y sé que ha podido provocarte. Se te podía haber escapado el puño una vez, vale. Pero no más. ¡¿Cómo has podido?! —Me mira enfadada—. Dime que por lo menos está bien.

—En eso no te he mentido.

Mantengo la distancia, con ganas de darme cabezazos contra la pared.

—Rompes todas tus promesas, Matt. ¡No valen nada!

—¡Porque te amo!

—¿¡Y de qué nos sirve!? —replica furiosa, de pie en el centro de la habitación—. ¡Hoy sí y mañana no, contigo no sé qué esperar! ¿¡Qué pasa, Matt!?

Le doy una patada a la puerta, callándome mi secreto, y entonces veo que coge su maleta.

—Sé que estás cansada de oírmelo decir, pero no te alejes, Gisele —imploro, cortándole el paso, acunando su cara con impotencia y dolor. El mismo que reflejan sus ojos—. Haré cualquier cosa por ti.

«Esta vez haré lo que me diga el médico.»

—Gisele. —Me desgarra ver que intenta rehuirme. No se lo permito—. Prometo cambiar… Quédate. Créeme.

—Eso lo he oído antes —dice más sosegada—. Y ya no sé si puedo creerte. No puedo aceptar el anillo.

—¿Por qué, nena? —insisto, lleno de agonía—. ¿Es un final?

—Matt… —Llora.

—¿Me estás rechazando, acaso dejando?

Hundida, deja la maleta y me mira… Luego se arrodilla, y yo con ella, y lloramos abrazados.

Creo entender que se queda a mi lado, que será mi mujer.

Sin embargo, su boca me dice lo contrario:

—Lo siento, Matt…

Le acaricio el pelo, la beso desesperadamente. Las manos, la boca, los ojos, los pómulos.

—Perdóname —imploro entre beso y beso— y cásate conmigo. —Me apoyo en su frente y cierro los ojos. Me está matando—. Por favor, nena, por favor.

—Lo siento —susurra con tristeza.

Me parte en dos.

—Dentro de ocho horas sale el vuelo —dice, apartándose de mí—. Déjame dormir, por favor. No más por hoy. Estoy confusa… Mucho.

—No te vayas, duerme aquí.

Se mete en el baño y yo aguardo con su maleta en la mano, para evitar que salga y se marche. Estoy asustado, el corazón casi me ha dejado de latir, pendiente de su decisión.

Me paso una hora y media sentado junto al cuarto de baño, con las manos en la cabeza, meciéndome, pendiente de cualquier sonido, de un llanto, pero no oigo nada. Y empiezo a preocuparme.

—¿Gisele? —Doy un par de toques en la puerta—. Dime algo, por favor.

Ninguna respuesta.

—Voy a entrar, dime que estás bien.

Gisele continúa sin hablarme y yo me veo forzado a abrir la puerta.

«Nena.»

Corro hacia ella y le sujeto la cara entre mis manos. Está pálida, de rodillas junto al retrete y con la mirada perdida.

—¿Qué te ocurre? —Niega con la cabeza e intenta soltarse—. ¡No puedo dejarte, por favor!

Su cuerpo se convulsiona y, con un golpe de tos, empieza a vomitar la cena. Yo la contemplo espantado. Cojo con rapidez una toalla para empaparla en agua y refrescarle la cara cuando acaba de vaciar su estómago.

—¿Es por mí? —pregunto—. Lo siento tanto… ¡Tanto!

Se ha quedado como una muñeca de trapo. No tiene fuerzas y sé que ha llorado todo el rato que ha estado encerrada. Tiene la cara hinchada y los ojos rojos. A punto de cerrársele.

—Te llevo a la cama. —La miro a los ojos, pero ella los cierra—. Nena…

—No me toques, no hoy…

Aun así, la cojo en brazos y la deposito en la cama. Poco a poco, y temblando, empiezo a desnudarla. Se encoge, se cubre con las manos ante mí, que tantas veces he adorado cada centímetro de su piel.

—No te escondas —susurro.

—¡Maldito! ¿Quieres sexo otra vez, sabiendo lo que has hecho? —Niego y niego con la cabeza, entendiendo que piense tan mal de mí—. No me toques.

Pero vomita de nuevo, esta vez en el suelo de la habitación, de lado en la cama. No sé qué hacer, cómo calmarla. ¿Qué le pasa…?

—Gisele. —Al terminar le acaricio la mejilla y le doy agua, que bebe sin fuerza—. ¿Podrías

estar…?

Nuestros ojos se encuentran y creo descubrir en los suyos el temor a que se confirme mi sospecha. Sé que es una locura, pero nada me haría más feliz que tener un hijo con ella y darle todo lo que no me dieron a mí.

—No puede ser —contesta agitada—. ¡No, Matt, no ahora!

—Eres mía, nena. Mía.

Cierra los ojos cansada, enferma…

Llamo para que limpien la habitación y luego me acuesto junto a ella, que se ha quedado dormida hecha un ovillo.

Tengo un nudo en el pecho que me desgarra el alma. Supongo que hoy no podré dormir, ni quiero hacerlo. Sólo deseo mirarla, suplicarle al despertarse que me perdone…

Sé que superaremos este bache.

—¿¡Gisele!?

¿¡Cómo demonios me he dormido!? A las seis estaba despierto, tranquilizando a Gisele, que temblaba.

Lo primero que busco es su maleta, los billetes. No hay nada. Ella no está. ¡No! Me visto con lo primero que pillo, cojo mi maleta y mi billete y entonces veo su nota en la mesilla.

> Me ha venido la regla. Todo va bien… Necesito irme sola a este viaje, pensar. No te estoy dejando, pero creo que necesitamos un poco de espacio. Horas. Días… Nada más. Te amo.
>
> Gisele

¡Mierda y mierda!

Nada me importa si no es ella y, tras coger un taxi, en quince minutos estoy en el aeropuerto. Me siento alterado, descontrolado. Choco con las personas que esperan sus vuelos, pregunto a los empleados. Entonces la veo, está saliendo de los servicios, con un pañuelo en la boca.

Camino lentamente hacia ella.

No puedo aceptar que se vaya sin mí cuando ya habíamos planeado viajar juntos, vivir juntos… ¿Qué va a suceder ahora?

—Matt —dice al verme y, decaída, se apoya en la pared. Me da la sensación de que no la sorprende que la haya seguido. Me conoce—. ¿Qué haces aquí? Te he pedido un tiempo de soledad.

—No puedo, cariño —contesto sincero, retirándole un mechón de la cara—. No puedo estar sin ti.

—Y no lo estarás, porque yo tampoco puedo… Aunque a veces quisiera, porque no sé qué pasa contigo.

Me meto la mano en el bolsillo y saco el anillo. Gisele niega con la cabeza, tratando de que me lo vuelva a guardar.

—Te amo, lo sabes —dice entonces.

—Pero… —no termino la frase.

Cierro los ojos, angustiado al ver lo que yo he destrozado con mis propias manos.

—Matt —susurra suplicante, esperando que abra los ojos, con sus manos temblando en mis mejillas. Pero yo me niego a escuchar su respuesta—. Necesito tiempo para tomar una decisión.

—¡No!

Estampo mis labios contra los suyos ferozmente, implorándole que abra la boca, que se me entregue, que siga siendo mía. Y ella finalmente cede enloquecida.

—No… nena, no —insisto contra sus labios, vehemente—. Déjame que vaya contigo, quédate conmigo… Te daré tiempo, no habrá boda… ¡Lo que quieras!

—Ayer te habría aceptado, maldito seas —me reprocha, golpeándome el pecho, poniéndome los dedos sobre los labios para que me calle—. ¿Por qué has tenido que joderlo así?

Por megafonía avisan de la próxima salida.

—No lo sé —miento. «Ayúdame.»—. Va a salir el vuelo, Gisele. —Tendiéndole una mano, la invito a que nos vayamos juntos. Pero sigue dudando—. No me hagas esto. No me destroces sólo para conseguir un día para pensar.

—No es sólo un día. —Se aclara la garganta, entrelazando los dedos con los míos—. Es un descanso mental, para mí y para ti, para que valores y entiendas que tienes que cambiar.

No me resigno a perderla.

—Ya lo he entendido, Gisele.

Coge su maleta y da un par de pasos, luego se vuelve y me mira. El pulso se me acelera esperando su sonrisa, su perdón y su mano cogida de la mía. Esperando una nueva oportunidad.

Pero el tiempo pasa y no hay ningún movimiento, ningún gesto por su parte, en este aeropuerto que puede dar un giro a nuestra relación. A nuestras vidas.

Si quieres saber más y descubrir cada emocionante detalle de la historia entre Matt y Gisele, descúbrelo en La chica de servicio I. Tiéntame. *La novela publicada por Esencia, en la que conocerás y vivirás desde dentro el intenso amor que consume a estos apasionados protagonistas.*



Patricia Geller nació en un municipio de Cádiz, donde reside actualmente. Está casada y es madre de dos hijos. Desde siempre ha sido una apasionada de la lectura, hasta que decidió iniciarse de forma no profesional en el mundo de las letras con algún relato. La trilogía «*La chica de servicio*» es su primera novela, y ya tiene en marcha nuevos proyectos editoriales.

Encontrarás más información de la autora y su obra en: Facebook.com/patricia.gr.980 y librolachicadelservicio.blogspot.com.es/

Provócame
Patricia Geller

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la imagen de la portada, © Shutterstock

© Patricia Geller, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: julio de 2014

ISBN: 978-84-08-13065-9
Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. / www.victorigual.com